

porada que en un principio había de ser solo de seis á ocho semanas y que luego se prolongó, á instancias del mismo Napoleón, mas de medio año (desde abril hasta principios de octubre de 1810). Esta permanencia fué de gran utilidad para su estudio del emperador y de su política. Entre las impresiones de toda clase que mas bien se confirmaron que nacieron en su ánimo, figuraba en primer término la que en 28 de julio de 1810 comunicó al emperador al principio de una memoria sobre la «actual situación de Austria en Europa (1)», aconsejándole que no se exagerara la seguridad que con aquel matrimonio el Austria había conseguido. Ciertamente, decía, que un estado de tranquilidad ha sucedido «al estado desesperado del aniquilamiento completo de nuestras fuerzas interiores y exteriores,» pero esta tranquilidad dejará de existir y no ofrecerá seguridad alguna para el porvenir si no está garantizada por la mas enérgica reacción de nuestras fuerzas para «todos los casos que pudieren presentarse,» pues «las tendencias de este monarca al dominio universal arrancan de su propia naturaleza y si bien pueden ser modificadas, y aun refrenadas, no es posible que desaparezcan por completo. Aunque sin este enlace el Estado austriaco habría sucumbido ó estaría en vías de sucumbir, no por esto es menos cierto que, prescindiendo del matrimonio, pueden muy bien presentarse épocas en que tengamos que reunir nuestras fuerzas para evitar ó rechazar el peligro de la sujeción que pueda amenazarnos.»

Entre los planes que meditaba Napoleón creía Metternich haber adivinado con seguridad que el emperador había resuelto declarar la guerra á Rusia y que las hostilidades se romperían en 1812: así se lo predijo al emperador Francisco á su regreso de París (octubre de 1810) (2) y así se lo recordó en 28 de noviembre de 1811 cuando le dijo: «Ya en setiembre de 1810 se ocupaba el emperador francés en proyectar el rompimiento entre las potencias aliadas: á mi regreso de París, predije que la guerra estallaría en el Norte á principios de 1812 (3).»

Como preludio inmediato de esta guerra con Rusia, esperaba Metternich que Napoleón crearía un reino de Polonia. Apoyaban esta creencia dos consideraciones: primera, que Napoleón, después de la paz de Viena, había engrandecido notablemente el ducado de Varsovia con la anexión de la Nueva Galitzia, y segunda, que en 1810 no había querido hacer al emperador Francisco ninguna promesa tranquilizadora acerca de sus intenciones respecto de Polonia. En 5 de enero de 1810, el embajador francés en San Petersburgo había firmado un convenio en virtud del cual Rusia y Francia se obligaban á no restablecer el reino de Polonia, á no emplear en ningún documento diplomático el nombre de Polonia y á no agregar al ducado de Varsovia ningún territorio que hubiese pertenecido á aquel antiguo reino. El emperador Alejandro había aprobado desde luego este convenio; pero Napoleón nególe su aprobación y solo ofreció, por conducto del duque de Vicenza, la promesa «de no favorecer ninguna empresa que tendiera al restablecimiento de Polonia (4).» De esta actitud dedujo con razón el emperador Alejandro que Napoleón quería levantar contra él á los polacos y que solo procuraba salvar las apariencias. Consecuencia de este propósito era la promesa de libertad y patria que Napoleón había hecho á los polacos, promesa que no había en manera alguna de cumplirse con la creación de un reino de Polonia. Pero esta simple promesa, — que no otra cosa hubiera sido la creación de un reino de Polonia, — debía llevar

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2, 385-389.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 62.

(3) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 430.

(4) Garden, tomo XIII, págs. 176-177.

consigno, así á lo menos lo creía Metternich, un doble trasfondo, á saber: primero la merma de toda la Polonia rusa, con la cual Rusia perdía el núcleo de sus territorios propiamente europeos, y segundo la ruina de Prusia (5), cuya suerte decidiría de la del Austria. Lo que acerca de este particular decía Metternich en su memoria de 28 de noviembre merece en alto grado consignarse.

«La conducta que actualmente observa Prusia, — dice, — es, bajo todos conceptos, peligrosa para nuestros intereses. Si con sus fuertes armamentos consigue unirse estrechamente con Francia, no dejará de formular grandes pretensiones de indemnización, tomándonos de esta suerte la delantera. Su actividad destruye la única disculpa que pudiera excusar una conducta completamente pasiva que nosotros podríamos intentar fundar en nuestra penuria financiera, pues que los recursos de Prusia son infinitamente mas limitados que los nuestros, y el gobierno prusiano nos ofrece la prueba de lo que puede la energía cuando se trata de arbitrar recursos militares, aun atravesando una situación en apariencia desesperada. Si Francia abriga respecto de Prusia propósitos peligrosos; si la *Tugendbund* (liga de la virtud) arroja al rey en brazos de Rusia (y lo primero me parece tanto mas probable cuanto que es seguro que los aliados trabajan en este último sentido), los ejércitos franceses invadirán inmediatamente este Estado: la suerte de Prusia pesa en la balanza del vencedor y sus fragmentos caerán sin duda alguna en manos de los aliados (6). — La ley suprema de todo Estado, sea éste grande ó pequeño, es cuidar de sí mismo, es decir, del conjunto de intereses particulares que le están confiados. El interés del Estado grande se diferencia del interés del Estado pequeño en la mayor extensión de estos intereses particulares y su ciencia política debe distinguirse por la atención que preste á los grandes puntos de vista con los cuales está íntimamente enlazada su propia prosperidad, al paso que la mirada del hombre político del Estado pequeño debe fijarse comunmente en los puntos de vista pequeños y de cada día. Prusia tenía el inquebrantable sentimiento de los deberes de gran potencia cuando en medio de las calamidades de sus mutilaciones y de su espantosa miseria, hacia todavía sobre-humanos esfuerzos para atraer á Rusia y á Austria á una lucha desesperada de venganza y de liberación antes de verse nuevamente obligada á sufrir el yugo napoleónico.» Las palabras de Metternich que acabamos de copiar nos demuestran cuán completamente había caído el Austria, á los ojos de los mismos que la dirigían, en la impotencia propia de los Estados pequeños. La bancarota de febrero de 1811 había ejercido en el espíritu vital de la política austriaca mayor influencia debilitadora que el fracaso militar de 1809, y para convencernos de ello no hemos de fijarnos mas que en el juicio que formaba el conde de Metternich acerca de los aprestos guerreros de Prusia. Tan lejos de su ánimo estaba la idea de una reacción vigorosa, que el aumento de fuerzas en Prusia le inspiraba un miedo como si se dirigiera contra la misma Austria, aunque no fuera mas que en el sentido de que como aliado de Napoleón pudiera el Estado prusiano recibir de éste derechos y pretensiones que no le era dado adquirir al Austria. Era, pues, un cálculo mezquino y egoísta el que guiaba al conde de Metternich al considerar la unión de Prusia y Francia como una desgracia para los austriacos y al preferir á ella la alianza entre Prusia y Rusia, porque ésta había de traer necesariamente consigo la ruina de la nación prusiana.

En una memoria de 17 de enero de 1811 había calificado

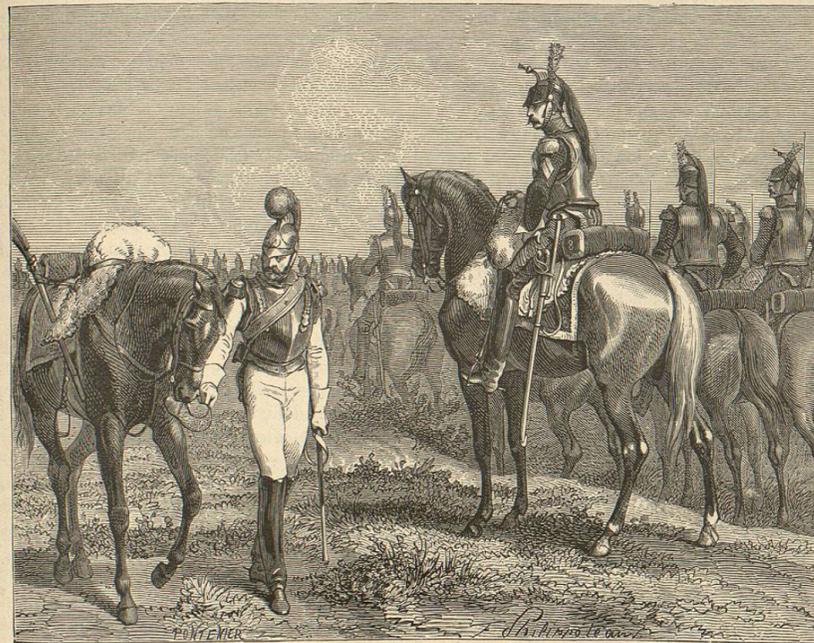
(5) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 431.

(6) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 434.

«el fraccionamiento de Prusia» de «consecuencia inevitable de la próxima guerra (1)», y como creía que «el primero y principal objeto de Napoleón en esta guerra había de ser el restablecimiento de Polonia (2)», parecía seguro que de todos modos Prusia perdería la Silesia y que ésta pasaría á ser de Polonia ó de Sajonia, si el Austria no procuraba oportunamente obtener de Napoleón la preferencia. La contingencia de «la posible disolución de toda la confederación prusiana, — dice, — amenaza con arrojar la Silesia, provincia que para nosotros no solo ocupa una situación agradable sino que además nos sería indispensable en el caso del restablecimiento de Polonia, en brazos de una potencia completamente ex-

traña á nuestros intereses, y con arrebatarlos toda posibilidad de una compensación de la Galitzia (3).»

¿Qué conducta debía adoptar, en su consecuencia, el Austria frente de Napoleón? Ya en su memoria de 17 de enero de 1811 había formulado Metternich esta pregunta, contestándola en los siguientes términos: «Toda unión de las fuerzas austriacas con una potencia cuyo único propósito fuera la destrucción del orden de cosas existente y cuyos planes definitivos tendieran á la dominación universal, sería hacer la guerra contra principios sagrados é inmutables y por tanto contra el interés mas directo del Austria. Lo que especialmente caracteriza á la situación del Austria es la altura



Carabinero y coraceros del ejército francés.

moral de la que no pueden arrojarla los mas encontrados acontecimientos. V. M. es el centro, el único y verdadero representante de un antiguo orden de cosas fundado en un derecho eterno é inmutable: todas las miradas se fijan en esta institución suprema y en el papel que desempeña estriba lo que nada es capaz de reemplazar. En el momento mismo en que las tropas austriacas confundidas con los pelotones franceses y confederados entran en una guerra de destrucción, V. M. perderá este carácter, y en este caso moralmente nos pondremos al nivel de la baja de los confederados y políticamente nos haremos reos de todas las faltas cometidas en estos últimos tiempos por el gabinete ruso. A descender hasta este punto solo podría obligarnos la imposibilidad absoluta de proceder de otra manera (4).»

Lo mejor hubiera sido, pues, conservar la neutralidad; pero en el caso de crearse el reino de Polonia y de que upidos al gran ejército de Napoleón los polacos se sublevaran en todos los territorios comprendidos dentro de sus antiguas fronteras, esta neutralidad tendría necesariamente por conse-

cuencia la pérdida de Galitzia sin compensación alguna. Por esto Metternich propuso que se ofreciera al emperador Napoleón, para la guerra contra Rusia, un cuerpo de ejército con tal que Napoleón no solo prometiera indemnizar los gastos de la guerra sino que además dejara entrever la posibilidad de compensar la cesión de Galitzia con la Silesia, las provincias Ilíricas y la frontera del Inn con inclusión de Salzburgo (5).

Facilitar un cuerpo auxiliar no era «contribuir á una guerra de destrucción,» sobre todo si, «mandado por generales austriacos, permanecía completamente separado y solo maniobraba en unión con los franceses en las operaciones generales» y si se evitaba por completo que los expedicionarios atravesaran el Austria. El emperador Francisco aprobó esta proposición, es decir, esta alianza con Francia tan condicional y tan limitada, y autorizó para que se enviaran al príncipe Schwarzenberg instrucciones en este sentido (6). Se comprenderá, pues, el compromiso en que se vió el conde Metternich cuando dos días después de tomada esta resolución se presentó en Viena el general prusiano Scharnhorst,

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 419.

(2) *Papeles de Metternich*, pág. 418.

(3) *Papeles de Metternich*, pág. 435.

(4) *Papeles de Metternich*, pág. 415.

(5) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 436.

(6) *Papeles de Metternich*, pág. 438.

con el nombre de Ackermann, para preguntar al emperador y á su ministro si apoyarían la unión de Prusia á Rusia ó si querían ser responsables de su alianza con Francia.

En 2 de diciembre fué Scharnhorst recibido por vez primera por el conde de Metternich, sin poder obtener entonces ni mas adelante la promesa que habia esperado: la manifestacion que se le hizo en la tarde del 26 de diciembre fué por él considerada como una despedida definitiva que mató irremisiblemente todas sus esperanzas, si bien solo habia podido acariciarlas por la ignorancia en que estaba de lo que llevamos referido (1). De antemano habia dicho Metternich al conde Hardenberg que consideraba la aceptacion por parte de Prusia del tratado presentado por Saint-Marsan como la sumision completa de esta potencia á Francia, sumision que traería consigo la ruina del Austria: añadióle que por lo mismo no podia tener mas deseo que el de contener este paso, deseo que, sin embargo, no podría surtir efectos si para conseguir el anhelado fin se creía único medio posible un tratado de alianza, pues estando como estaba Prusia amenazada á cada momento por la invasion de los franceses podría darse el caso de tenerlo que hacer efectivo sin que á Austria le fuese materialmente posible cumplir los deberes que contrajera. Hízole presente que Austria necesitaría á lo menos tres ó cuatro semanas para reunir 30,000 hombres y aun se corría el peligro de que desde el primer momento marcharan sobre Viena sin encontrar resistencia 30,000 bávaros y de que al primer grito de guerra se rompieran las negociaciones con Hungría y estallara por completo la bancarota. Manifestóle finalmente que por todas estas consideraciones la alianza con Prusia se presentaba tan imposible y toda esperanza en ella era tan falaz, que si Prusia persistía en hacer de ella condicion *sine qua non* de su resistencia contra Francia casi daría á sospechar que estaba decidida á someterse á esta potencia (2).

Por lo que personalmente tocaba al rey, esta suposicion era, como sabemos, exacta, y si Metternich consideró, durante esta crisis desesperada, con menos parcialidad y menos egoismo las relaciones de Austria respecto de Prusia, no por eso dejó de aprobar lo mismo que él sospechaba y aconsejó, si no directa, indirectamente, esto es: que se hiciera lo que no podia dejar de hacerse desde el momento en que no hubiera que esperar auxilios de Rusia ni de Austria. El mismo consideraba inevitable la marcha de los franceses al través de Prusia, y siendo esto así, era á todas luces preferible que esta marcha se hiciera amistosamente á que se realizara acompañada de hostilidades; y aun cuando los planes destructores de Napoleon contra Prusia subsistieran, no era de despreciar la cadena que sobre sí mismo se echaba el emperador francés con el tratado por él propuesto. En vez de esto, aconsejó Metternich que no se aceptara la alianza; apoyó la idea de una union con Rusia, por mas que no tuviera mucha confianza en el emperador Alejandro y por mas que tan poca fuerza concediera al convenio llevado por Scharnhorst, y acabó por negar resueltamente el auxilio de Austria, que en un principio habia hecho entrever como posible (3). Todo esto concordaba perfectamente con el plan secreto que en 28 de noviembre habia convenido con el emperador Francisco. Este plan no era, sin embargo, el que correspondía á un amigo de Prusia (4) y el que debía esperarse de un hombre de

(1) Véase su promemoria de 9 de diciembre de 1811, en Stern: *Dissertaciones*, págs. 121-121.

(2) Hardenberg al conde Munster, 15 de diciembre de 1811.

(3) Duncker, págs. 419-423.

(4) Véase lo que escribí en mi obra *Austria y Prusia*, tomo II, página 75, antes de conocer lo que despues se ha hecho público con la publicacion de los documentos procedentes de la sucesion de Metternich.

Estado que ya entonces comprendia tan claramente como la comprendió despues la necesidad de conservar la monarquía prusiana en interés mismo del Austria.

Respecto del fraccionamiento de Prusia como consecuencia inevitable de la guerra que estaba á punto de estallar, existía en Viena, París y San Petersburgo una unanimidad de pareceres que no hubiera podido ser mas perfecta á haber sido resultado de previas negociaciones. Aun á los ojos de su amigo el emperador Alejandro, Prusia no era mas que una herencia vacante, de cuyos harapos podia apropiarse cualquiera sin mas razon que preguntarse por qué debía dejarlos á los demás. ¿Por qué no he de apoderarme, se decía Alejandro, de lo que está ya perdido para sus antiguos propietarios? El conde Metternich calculaba que la desmembracion de Prusia vendría á consecuencia de la creacion de un reino de Polonia que, á su modo de ver, sería el primer paso que daría Napoleon para la guerra contra Rusia. El mismo Napoleon prometió la cesion de Silesia con entera independencia de sus planes polacos, que ya no eran mas que una fantasmagoría. En 17 de diciembre de 1811 el príncipe de Schwarzenberg daba cuenta desde París de las vagas promesas con que Napoleon habia acogido el ofrecimiento del Austria, y añadía refiriéndose á Prusia: «La cuestion de Silesia se resolverá á la menor falta que cometa Prusia, y como en caso de ser favorable la guerra no han de faltar medios de compensacion, Napoleon dispondrá gustoso de Silesia en favor nuestro, aun cuando Prusia no se aparte un ápice de la línea que él le trace, porque á él cualquier provincia le vendrá bien, al paso que la Silesia es la única que puede redondear al Austria (5).»

Al embajador austriaco conde Saint-Julien, que no comprendía por qué el emperador Alejandro nada habia hecho para asegurarse este valladar que Prusia quería ofrecerle, le dijo el czar á principios de febrero de 1812: «Escuchad, general, pero que quede esto entre nosotros: hay que dividir á Prusia en tres partes, una la que está entre Rusia y el Vístula, otra la que se extiende entre el Vístula y el Oder y aun mas allá y que está demasiado lejos de mí, y finalmente la Silesia, que está ya cortada por la Sajonia. Solo debo, pues, fijar mi atencion en la primera, y si el rey y su ministro perseveran en sus sentimientos amistosos hacia mí, nada mas pido. Soy amigo personal del rey, pero su crítica situacion — pues ya sabéis que los franceses no están mas que á tres jornadas de Berlín, — no es para mí garantía bastante de la solidez de su ministerio. ¿Qué puedo hacer? Diez jornadas me separan del Vístula, y ¿quién me asegura lo que de hoy á mañana puede acontecer en Berlín (6)?» Esto significaba que el emperador Alejandro habia visto con gusto que Prusia recibiera por él el primer golpe agresivo de Napoleon, pero no queria obligarse á prestarle ayuda en el caso de que sucumbiera en esta lucha: en cuanto á la única parte de Prusia que merecia su atencion, es decir, «la situada entre Rusia y el Vístula,» ya procuró despues que le fuese garantizada por Suecia en el tratado de Abo.

En una palabra, en el año 1812 estaba echada la suerte sobre la vida ó la muerte de Prusia; pero así la guerra como la participacion de Austria en ella marchaban de muy distinta manera de lo que Napoleon habia creído cuando en 14 de marzo de 1812 presentó al príncipe Carlos de Schwarzenberg el tratado de alianza, que éste se apresuró á firmar (7). A cambio de su auxilio armado dió Napoleon al

(5) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 441-444.

(6) Saint-Julien, en 10 de febrero de 1812. *Austria y Prusia*, t. II, pág. 76.

(7) Martens: *Nouveau recueil*, tomo I (1817), págs. 427-431. Véase *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 80.

emperador Francisco muchas seguridades cuando se prometía inapreciables servicios de los 30,000 austriacos: díjole que conservaría la Galitzia en caso de que se restableciera el reino de Polonia, pero que si queria ceder una parte de ella recibiría en recompensa la Iliria, cuya posesion era para él de tanta importancia. Añadióle que Rusia no se quedaría con ninguna porcion de la Turquía, y en cambio Austria, en caso de que la guerra tuviese un feliz éxito, «obtentaría indemnizaciones y vería engrandecer sus territorios,» «levantándose así un monumento que perpetuara la cordial armonía entre ambos soberanos,» sin que para ello se tuvieran únicamente en cuenta la suma de gravámenes soportados y sacrificios hechos durante la guerra (art. 7), palabras que involuntariamente debían de hacer pensar en la Silesia. El ejército auxiliar comprado á costa de tantos sacrificios habia de ser mandado exclusivamente por generales austriacos; no podia fraccionarse ni tenia que obedecer órden alguna de los franceses á menos que directamente no procediera de Napoleon; de suerte que del conde Metternich dependía, si sabia explotar convenientemente las circunstancias de lugar y tiempo, que la actividad de este ejército auxiliar fuera una mera apariencia, que es lo que fué en realidad. El ministro ruso en Viena, conde de Stackelberg, escribía en 28 de abril de 1812 diciendo que el conde Metternich le habia dado conocimiento del tratado con Francia, manifestándole que solo una implacable necesidad habia podido obligar á la corte de Viena á firmar este convenio, que, sin embargo, no habia de ser óbice para que Rusia y Austria continuaran manteniendo secretas inteligencias sobre sus miras políticas. El conde Metternich empeñó además su palabra de que el ejército auxiliar austriaco solo operaría por el lado de Bukowina y de que nunca se aumentaría su contingente. «¿Qué garantía nos dais, — preguntó Stackelberg, — de que esta promesa será realmente cumplida?» A lo cual contestó Metternich: «Esta garantía está en el propio interés de la monarquía austriaca, si ya no estuviera bastante en la lealtad del monarca en cuyo nombre hablo.» Iguales protestas hizo á Stackelberg el mismo emperador Francisco en persona, suplicándole al propio tiempo que Rusia no considerara á Austria como parte seriamente beligerante y que secretamente continuara manteniendo amistosas relaciones con la corte de Viena (1).

En 25 de abril, el caballero Lebzelttern, que partió para San Petersburgo con una comision extraordinaria, llevóse el encargo secreto de participar al emperador Alejandro, con el carácter de la mas absoluta reserva, que el Austria solo estaba obligada á poner en pié de guerra 30,000 hombres y que si reunía mayores tropas era únicamente para organizar el ejército y defender las propias fronteras contra cualquier ataque eventual de parte de Rusia. «Nuestra completa pasividad dependerá, pues, exclusivamente de la conducta que para con nosotros observe Rusia: esta potencia puede obligarnos á hacer uso de tropas que no están movilizadas como consecuencia de la alianza con Francia, pero nada tiene que temer si no nos da motivo para ello.» Lebzelttern debía destruir el despacho en cuanto el czar se hubiese enterado de él. Con motivo de esta mision celebró Lebzelttern muchas entrevistas secretas con el emperador Alejandro y de lo que en ellas se trató hemos tenido conocimiento por una memoria que Metternich envió en 22 de junio de 1812 al emperador de Austria, que se encontraba en Praga, dándole cuenta del asunto. Publicóse esta memoria á fines de 1879 (2) y

(1) Martens: *Recueil*, tomo III (1876), pág. 87.

(2) Por Adolfo Beer en el apéndice del *Abendpost* (*Correo de la tarde*), de Viena, de 29 de diciembre de 1879, núm. 297.

de tal manera completa los documentos políticos conocidos por mi obra y por los papeles de la herencia de Metternich, que creemos necesario reproducirla íntegra con la resolucion adoptada por el emperador Francisco (3). A consecuencia de esto, vino un cambio de declaraciones de los dos monarcas por mediacion del conde Stackelberg, mediante las cuales no se consideraron en formal estado de guerra. Esta no era mas que una apariencia, y para darle mayores visos de verdad, cuando estalló la guerra, el conde de Stackelberg y el conde Saint-Julien salieron respectivamente de las cortes de Viena y de San Petersburgo, y el primero fijó su residencia en Gratz, desde donde celebraba frecuentes conferencias con el conde de Metternich y el caballero Lebzelttern. Además habia dejado en Viena á un individuo de su embajada llamado Oton, de la misma manera que se habia quedado en San Petersburgo el baron Marschall como representante de la embajada austriaca.

De suerte que durante la guerra mantuvieron los dos gabinetes relaciones íntimas. Un hecho en extremo chistoso puede darnos la medida de la influencia que este trato continuo ejerció en los movimientos de las fuerzas de ambas partes. En octubre de 1812 el conde Metternich se quejó al conde Stackelberg de que las tropas rusas hubiesen sido ale-

(3) «Tengo el honor de remitir á V. M. una minuta de la memoria que le envía el caballero Lebzelttern dando cuenta de la mision por él desempeñada cerca del emperador Alejandro. Esta minuta contiene lo mas esencial de nuestras mas próximo-futuras relaciones con Rusia respecto de dos cuestiones que el emperador ruso desea ver aclaradas, exigencia demasiado justa para que V. M. se niegue á satisfacerla. Por eso me atrevo á suplicar humildemente á V. M. que me autorice para hacer en su nombre al conde de Stackelberg, que es el órgano de mas confianza entre las dos cortes, la siguiente declaracion: 1.º Sobre la primera pregunta de: ¿qué sucedería en el caso de que nuestro ejército auxiliar fuera acorralado en nuestras fronteras? Esta pregunta se contesta por la naturaleza misma de las cosas: en efecto, nuestra situacion respecto de Rusia se funda en una fuerza auxiliar que tiene para con la *parte principal* deberes determinados y contenidos dentro de ciertos límites. Estos deberes se reducen, en virtud del tratado, á poner en pié de guerra un cuerpo de 30,000 hombres. Este cuerpo de 30,000 hombres se ha unido ya, fuera de nuestras fronteras, al grueso del ejército formando una parte integrante del mismo. De suerte que ya no ha de preguntarse qué sucedería si el cuerpo auxiliar fuese acorralado dentro de nuestras fronteras, sino que la pregunta debe formularse de este otro modo: ¿qué sucedería en el caso de que el grueso del ejército haya de retirarse á nuestras provincias? En este caso, Rusia tiene el derecho de perseguir al grueso del ejército y á sus partes integrantes cuando y dónde quiera que pueda alcanzarlas. En este caso, los cuerpos situados en Galitzia y Transilvania para defender los Estados de V. M. tendrán tambien que operar convenientemente en defensa de estos territorios, pues no puede pensarse que se vean obligados á contemplar impasibles la devastacion de las propias provincias. 2.º A la pregunta: ¿qué garantías ofrece V. M. de que este cuerpo de 30,000 hombres no será aumentado? Estas garantías están en las palabras mismas del tratado de 14 de marzo de 1812 comunicado á Rusia: están tambien en la declaracion que V. M., y yo en nombre de V. M., hicimos en Dresde al emperador francés, manifestándole que V. M. reunía y equipaba los demás cuerpos — á saber el segundo en Galitzia y el tercero en Transilvania — únicamente para defender sus provincias: están, además, en la voluntad de V. M. y en su palabra. Esta palabra puede ser reproducida y su amplia validez mantenida, mediante una contradeciaracion concreta que se exigirá al emperador de Rusia, amén de la promesa formal de un inquebrantable secreto. Esta contradeciaracion puede venir por el mismo conducto por donde llegará al emperador Alejandro la presente contestacion á las preguntas dirigidas al caballero Lebzelttern. Por último, me atrevo á pedir á vuestra majestad autorizacion para comunicar al conde Stackelberg las instrucciones secretas que V. M. ha dado á los comandantes de Galitzia y de Transilvania. No vacilo, soberano señor, en salir garante de la confianza que sin peligro de comprometerse puede concederse á este embajador. Praga, 22 de junio de 1812. — Metternich.» La resolucion del soberano decia: «Apruebo vuestras proposiciones y podeis poner mi decision en conocimiento del conde Stackelberg para que á su vez la comuniqué á su soberano, exigiendo la contradeciaracion concreta de éste, requisito indispensable para la validez de mis promesas, y el mas absoluto secreto. — Francisco.»